

de nuestras vidas. Nuestro genio de la apreciación podría solventar en parte su deuda con una sugerencia que, con ocasión de unas palabras sobre el valor de vivir para uno mismo y sobre el papel de la crítica literaria, William Hazlitt escribió más como una advertencia que en defensa de aquel que no se había convertido todavía en un crítico de los lugares comunes, en un pedante de conversación cortés (pese a que el error es irremediable en todos nosotros): “Cualquiera que difunda un cuento es implícitamente creído”, pues lamentablemente “el oído es más rápido que el juicio”. El juicio, consciente de su identidad como razón de su madurez o desarrollo, o de la madurez o desarrollo del genio o la personalidad irreplicable, debería alertarnos de las extravagancias de nuestra imaginación o impulso creativo.

#### AL CONTEMPLAR POR PRIMERA VEZ LA LITERATURA COREANA

*Then felt I like some watcher  
of the skies  
When a new planet swims  
into his ken*

JOHN KEATS, *On First Looking into  
Chapman's Homer*

Antonio Lastra

En noviembre de 1855, como agradecimiento por la hospitalidad con la que Thoreau le había acogido en Concord, Thomas Cholmondeley le envió al escritor cuarenta y cuatro volúmenes de filosofía, religión, historia y literatura orientales, que Thoreau dispuso en un estante especial tallado en un tronco que la corriente del Concord había dejado en la orilla. En su diario escribió: “Me siento instruido con la mera posesión de estas obras”. Pocos días después, le envió a Cholmondeley *Walden*, los poemas de Emerson y *Hojas de hierba* de Walt Whitman.

Salvando las distancias, he recordado ese intercambio al recibir diez volúmenes de la serie de Literatura Coreana que la editorial Verbum recoge en su catálogo, y que comprende toda una biblioteca. Es verdad que al editor Pío Serrano le envié la traducción



que preparamos Javier Alcoriza y yo de *Walden* y que en nuestra correspondencia le confesé mi ignorancia absoluta respecto a Corea y su literatura. Ojalá esta nota sea mi *driftwood* y reciba algo de la gracia del extranjero, una gracia peculiar de los estudios culturales. Verbum no es ajena, desde luego, a esta disciplina: entre las novedades de su catálogo para esta temporada se encuentran títulos como *Estudios sobre cine* o *Transculturación y poscolonialismo en el Caribe o Colonialismo e independencia cultural*, de inequívoco sesgo culturalista, que se añaden a otros volúmenes de su fondo como *Perspectivas trasatlánticas*, *Estudios coloniales hispanoamericanos* o *Reescrituras postcoloniales del Bildungsroman* o *Los valores estéticos en la cultura clásica japonesa*, que hacen de Verbum una editorial insignia en los estudios culturales, especialmente, pero no sólo, en el ámbito hispanoamericano, un ámbito que no resulta tan familiar como podría dar a

entender, para un lector en español, la mera comunidad lingüística. La preocupación de Verbum por recuperar la Estética como una de las fuentes más importantes de la modernidad no es tampoco insólita entre los estudios culturales: Edward W. Said, el más serio de los practicantes de los *Cultural Studies*, fue durante toda su vida un lector de la *Mimesis* de Auerbach.

Pero es, precisamente, la serie de Literatura Coreana la que constituye un verdadero don, y yo me he sentido, si aún no instruido, atraído por el *mot*, la hermosura gravitatoria de la antigua religión coreana, al contemplar los libros que Pío Serrano me ha enviado y que forman un mundo, un mundo no tan extraño como podría dar a entender, para un lector en español, una lengua como la coreana, y seguramente más familiar. (Dieciocho siglos antes de Cristo, en Corea se había difundido el uso de la escritura china.) Entre los libros que he recibido predomina la poesía, y la poesía es la lengua materna de la literatura del mundo. *Nostalgia* de Chong Chi-yong, *Imágenes del tiempo* de Yu Chi-Hwan, *A vista de cuervo* de Yi Sang, *Yo que no soy nada, lo soy todo* de Choi Seung-ho y *La hoja negra dentro de la boca* de Ki Hyoung-do son, en orden cronológico, los poemarios que he empezado a leer. Chong Chi-yong estudió literatura inglesa, fue católico y comunista y murió en prisión durante la guerra de Corea. Podría ser la biografía de un poeta europeo o americano. También resultan familiares los versos de la *Canción de amor a la patria*: “Al miramos los hombres universales / quién diría que somos pocos, / claro está / todos los pueblos seremos uno”. Yu Chi-Hwan murió en el año en que yo nací. El editor dice que su poesía “revela la resistencia de una conciencia ética basada en un humanismo universal”. Uno de sus versos es el siguiente: “¡El cosmos es pensar!”. Yi Sang ha sido comparado a Gertrude Stein y a Beckett. Al empezar a leerlo, yo he recordado en seguida, sin embargo, a César Vallejo. En el poemario de Choi Seung-ho, que data de 2003, hay un poema a la televisión que podría haber sido escrito en una habitación cualquiera

del mundo. Me será difícil olvidar estos versos de Ki Hyoung-do: “Gracias. / El invierno siempre / nos conduce a la humildad”.

Junto a los libros de poesía hay dos libros de relatos: *Cuentos coreanos del siglo XX* y *Yi Sang y otros narradores coreanos*. Los relatos del poeta Yi Sang podrían servir para entender, de una manera ejemplar, pero tortuosa, la relación del colonialismo, en este caso un colonialismo no occidental (el japonés en Corea), con la literatura. “Resistencia” es el concepto más repetido por los editores para referirse a esta muestra de prosa: cuanto más se han adentrado los escritores coreanos en sí mismos y en su identidad nacional, más universales resultan.

*La cuchara en la tierra* de Hyun Ki-Young es la única novela coreana que conozco. La primera palabra de la novela es “Padre”. El último párrafo es éste: “La muerte me llevará por fin a la naturaleza. Por eso voy ensayando así el retorno a mi pueblo natal. La vida de Seúl, durante todos estos años, me parece tiempo malgastado de balde. Si me pongo de pie frente al mar tengo que reconocer el fracaso. El mar me convence de que la isla que abandoné no es la zona fronteriza, sino el centro del mundo. Yo soy temporal y ese mar, en cambio, es eterno, y es atento a su palabra eterna como voy ya en camino, de regreso al vientre de mi madre” no soy indiferente a la piedad.

Los dos últimos libros tratan de religión. *El Pungniudo y el pensamiento religioso de Corea* de Ryu Tongshik está dedicado a la creencia ancestral coreana, el último de cuyos avatares fue el cristianismo. En el prólogo a la primera edición de 1997, el autor habla de “la dignidad de ser coreanos” y confiesa que confió a la memoria la escritura de su libro. *Budismo coreano. Tradición y transformación* es el único volumen escrito originalmente en inglés “para las series —dice el autor en su prefacio— de Estudios Coreanos”. Sobre la enseñanza filosófica (algo a lo que yo mismo tampoco soy ajeno) se lee en la página 243: “Los profesores de filosofía en Corea tienen mucho en común con los líderes budistas en

cuanto a su capacidad para ayudar a preparar y orientar mentalmente a las masas dormidas hacia la construcción de una sociedad democrática ideal. No hay nada en la educación filosófica, ni en la práctica budista, que prohíba la expansión y el desarrollo de la cultura democrática. Ambas pueden servir al establecimiento de una sociedad verdaderamente demo-

crática y al desarrollo de su correspondiente cultura". Éste es, seguramente, el volumen más culturalista. Mientras leía estos libros se sucedían en Seúl protestas violentísimas contra la globalización. "En Seúl —escribió Choi Seung-ho— perdí el sentido de la noche." En *Volatilización* (otro de sus poemas) hay pautas para entender lo que está pasando, en Seúl y

en el mundo.

Todos los libros citados han sido publicados con la ayuda del Korea Literature Translation Institute. Los estudios sobre la traducción (*Translation Studies*) constituyen una de las vertientes más destacadas de los estudios culturales contemporáneos y han puesto de relieve, precisamente en una época de globa-

lización indiscriminada, que ha de haber una cultura común y que la traducción es la lengua franca de la civilización. Gracias a los traductores de estos libros y a su editor (procedentes de Hispanoamérica en su mayoría), una cultura común es menos un deseo que una realidad.

